

LA GUERRA DEL AGUA: CUANDO EL PUEBLO PERDIÓ EL MIEDO

Claudia Lopez

A mediados de la década de los ochenta, El Estado boliviano, encabezado por el MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario), promulgaba orgulloso el fin de la crisis económica mediante la aplicación del Decreto Supremo 21060, incluyendo al país al carril neoliberal que se adueñaba del mundo.

A nivel más macro, el modelo neoliberal aplicado en Bolivia por la primera administración de Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997) impuso la capitalización, una especie de privatización a “medias”: esto es, la venta de la mitad de las empresas públicas al capital extranjero, dejando, supuestamente, la otra mitad en manos de los bolivianos.

Este proceso de capitalización resultó en los hechos, un fracaso: algunas transnacionales que compraron nuestras empresas resultaron ser mafiosas otras, evadieron impuestos y no entregaron dividendos.

La Guerra del Agua en Cochabamba, durante abril de 2000, tiene como antecedentes factores históricos, políticos y sociales, que giran alrededor del problema del agua.

El comienzo del cambio

En Cochabamba, corazón de Bolivia, un valle donde más de un millón de personas sufre una aguda escasez de agua desde hace más de 50 años y más de 500 años con sed de justicia. Durante años este recurso que es un derecho, fue motivo de disputa y promesas durante campañas electorales de todos los partidos tradicionales y su gestión estaba en constante lucha.

En ese contexto, el Banco Mundial ordena que los sedientos cochabambinos deben sacar el dinero de sus bolsillos si quieren tener agua y que además el agua debe dejar de ser un derecho colectivo para convertirse en propiedad privada. La transnacional Bechtel en sociedad con los gobernantes corruptos logra firmar un contrato de concesión de la empresa de agua, por 40 años, y el parlamento emite una ley de agua potable exaccionadora, monopólica y confiscadora.

Se elevan las tarifas de tal forma que cada familia debía pagar la cuarta parte de sus ingresos sólo para el agua. Los sistemas y redes de agua y alcantarillado producto del esfuerzo de centenares de cooperativas y asociaciones en los barrios pobres deben pasar a propiedad de la transnacional, las fuentes de agua y los sistemas de riego, que los campesinos habían gestionado, durante siglos, de manera autónoma, democrática y justa, denominada “usos y costumbres”, desaparecían. La transnacional se aseguraba una utilidad del 16% anual, la gente dijo Basta!

Fueron los campesinos “regantes” quienes alertaron de la privatización del agua. Tenía que denunciarse la amenaza que el contrato con Aguas del Tunari (Bechtel) y la ley de agua potable significaban, por esa razón se unieron con todos: sindicatos, colegios de profesionales, transportistas, comerciantes, maestros, estudiantes, hombres y mujeres sencillas

de este pueblo. De esa unión nació la Coordinadora de Defensa del Agua y de la Vida, de ahí su fuerza y legitimidad.

Los propósitos eran claros, el pueblo no aceptaba el contrato de concesión del agua a la empresa Aguas del Tunari, ni tampoco aceptaba la ley de agua potable que ignoraba los derechos y las costumbres del pueblo.

La guerra del agua, la hicieron todos, hombres, mujeres, jóvenes, ancianos y niños quienes desplegaron toda su creatividad en los barrios mas empobrecidos, en las barricadas, bloqueando y organizándose de todas las formas posibles; nadie quedo ajeno.

Cochabamba era una ola de movilización extendida tanto en la ciudad como en el campo. En la zona sur , a los pies de un viejo avión, se improvisó una fábrica de molotovs, los cuales eran transportados por brigadas de niños en bicicletas hacia la gente que estaba resistiendo mas al centro; los dueños de casa abrieron sus puertas y negocios en el centro de la ciudad para cobijar a los manifestantes que huían de la represión policial , se acogieron unos a otros, construyendo, lazos fuertes de solidaridad.

Luego de cinco meses de lucha, de participación, de organización, de propuestas, de protestas, de indignación, de coraje, se logra desprivatizar la empresa, se expulsa a la transnacional y se impone desde abajo una ley de agua potable asegurando a la gente su derecho al agua como un bien colectivo, como un derecho humano, como dueño de la misma a todos los seres vivos. Ese hecho histórico se denominó la GUERRA DEL AGUA.

En abril de 2000 el pueblo de Cochabamba dijo: “Lo nuestro sigue siendo nuestro, la ley de agua potable y la futura ley de agua potable, ahora nosotros somos los que tomamos las decisiones sobre lo mas conveniente, por nuestro futuro y para el futuro de nuestro hijos”.

Las lecciones de esta experiencia son las nuevas formas organizativas y de lucha, de coaliciones más flexibles de jóvenes, mujeres, niños y ancianos que producen formas nuevas de democracia, de participación, de opinión y toma de decisiones. Se saborea una nueva forma de poder, el de abajo, el de los cabildos, las asambleas, de las barricadas y se sustituye el poder de los partidos políticos.

La recuperación de la perspectiva histórica

Y que significado la guerra del agua? Detrás de la lucha por este recurso vital y colectivo, estaba la lucha política de miles de personas, de familias que estaban hartas con la “calidad de vida” y la “política” que se había implantado en el país desde hace varios años.

A partir de este esfuerzo digno, gigantesco y esforzado de la gente sencilla y trabajadora, el país cambió, los pobladores, los sectores sociales, las comunidades, los sindicatos y asociaciones, comprobamos que era posible perder el miedo, que era posible vencer, que era posible recuperar nuestra dignidad, nuestros bienes comunitarios (recursos naturales), que no hay un destino fatal y a partir de ese abril del 2000, el pueblo cochabambino y el altiplano paceño irrumpen en el escenario político con una demanda concreta de “el agua es nuestra y las decisiones también”. A partir de las jornadas de abril de ese año, emergen nuevos movimientos sociales, que de manera autónoma, sin intermediación de partido político alguno, bajo la conducción de un liderazgo colectivo y la práctica asambleística en la toma de decisiones, quiebra el modelo político y económico.

A esos hechos se sucedieron otros, como los levantamientos campesinos de septiembre del 2000, el cerco campesino y la instalación del cuartel indígena de Qalachaqa, en el altiplano paceño en julio del 2001, la victoria de la denominada guerra de la coca en enero del 2002, la victoria de los mineros de Huanuni, en julio de ese mismo año, los levantamientos indígenas y campesinos de enero y febrero del 2003 con la victoria contra el impuestazo del FMI el 12 y 13 de febrero del 2003, la expulsión del poder del símbolo del neoliberalismo en Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre del 2003, que además impidió la venta del GAS a Estados Unidos. En el 2004, se impone la propia agenda de los movimientos sociales por la nacionalización del gas, la Asamblea Constituyente y el Juicio a Goni, Carlos Mesa, sucesor de Sánchez de Lozada, se ve obligado a renunciar por el incumplimiento de la agenda y finalmente las jornadas de mayo y junio de este año que impidieron que la derecha se reposicione y vuelva a tomar el poder. Los últimos cinco años muestran claramente la crisis estatal por la que atraviesa nuestro país.

Bolivia ya no es la misma

La demanda de la Asamblea Popular Constituyente, NO a la venta del Gas, el Juicio a Gonzalo Sanchez de Lozada, las elecciones presidenciales próximas, son parte de la agenda de los movimientos sociales, de la base de la sociedad, por una parte. Por el otro lado está la agenda del actual gobierno, la venta del Gas, el paquete tierra, la mercantilización del agua, el ALCA, la inviabilidad de solucionar y atender las demandas pendientes de los sectores sociales y los conflictos que surgirán a partir de éstos.

Nuestro país está en la bancarrota, el pronto colapso de las AFP's, el endeudamiento del Estado con las mismas, la falta de fiscalización de las empresas de los bolivianos manejadas por los extranjeros, la terquedad a cambiar esta democracia representativa por una democracia participativa, como quiere la gente, supone la continuación de la lucha que hemos emprendido a partir de abril del 2000. Sentimos los vientos de bronca y dignidad que recorren en las calles, las carreteras, las fábricas, las comunidades, los mercados, las escuelas, las cárceles, los cuarteles, lugares que un día, gracias a la ceguera, sordera y torpeza de los gobernantes y políticos, se han ido convirtiendo en trincheras de resistencia y rebelión.

La Construcción de Nuevas Formas de Participación y Poder Popular

La lucha por el agua, el Gas, la electricidad, los servicios básicos y la lucha por la sobrevivencia ha producido la creación de espacios de reflexión, de re-conocimiento entre la gente sencilla y trabajadora del campo y la ciudad. En estos espacios se está asistiendo a la construcción de espacios de deliberación, de propuestas, de organización, de movilización, de indignación, estamos construyendo entre el viejo mundo del trabajo y el nuevo mundo trabajador un nuevo pensamiento, un nuevo discurso, nuevas actitudes, nueva "institucionalidad", estamos recuperando nuestras identidades ante el poder del capital, construyendo liderazgos horizontales y colectivos, transparentes y dignos.

Estas luchas que son a partir de la cotidianidad de la gente, la gente las va ligando con los temas de lo político, del poder.

La gente que antes sólo trabajaba sin saber el destino de su esfuerzo ahora se pregunta donde va el producto de su trabajo y reclama controlarlo a fin de que beneficie a todos.

La gente que antes sólo soportaba el engaño de políticos y gobernantes ahora desea hacerse cargo del destino político del país.

La gente que antes aguantaba callada su triste destino ahora ha recuperado la palabra y exige ser oída.

La gente que antes toleraba la discriminación de su apellido, su idioma y su color de piel, ahora los exhibe orgulloso y reclama un gobierno donde su lengua, su cultura y sus tradiciones sean carta de ciudadanía y de poder.

Miles y miles de indígenas aymara-quechuas, miles y miles de trabajadores, de asalariados, de jóvenes, de regantes, de amas de casa hemos decidido romper el abusivo monopolio del poder, la riqueza y el dinero concentrada en manos de una casta de empresarios y políticos y reclamamos nuestro derecho a disfrutar de la riqueza, nuestro derecho a participar del poder, nuestro derecho a deliberar la administración del bien común.

Una nueva nación, un nuevo Estado, una nueva ciudadanía, un nuevo futuro es lo que hombres y mujeres trabajadores de la ciudad y el campo hemos comenzado a desear, a construir, a soñar.

Estamos por tanto ante el inicio de una nueva época de largas luchas por la reconquista de derechos sociales, por la descolonización, por la recuperación del patrimonio colectivo, por la ampliación de la democracia y la formación de autogobierno de la gente sencilla y trabajadora.